

2

UN MUCHACHO EN LAS CHECAS

*Rafael
Escolá Gil*

Nacido en
Barcelona el 8 de
abril de 1919.
Profesión:
Ingeniero
Industrial.
Fecha de la
entrevista: 12 de
julio de 1988.

Cuando comenzó la revolución el 19 de julio, me encontraba en Caldetas, un pueblecito del Maresme, veraneando con mis padres y hermanos.

Por aquellas fechas llegaron coches de milicianos procedentes de Barcelona con aires revolucionarios. Incendiaron la iglesia, asesinaron al párroco y sembraron el pánico en la población. Pocos días después otros milicianos, también de Barcelona, detuvieron a mi padre y se lo llevaron.

No sé qué denuncia habrían recibido. Sólo me consta que le acusaban de haber escondido en su casa a unas monjas. Por lo visto estos hechos eran considerados entonces delitos graves. Lo condujeron a Barcelona y lo dejaron encerrado en nuestra casa, en San Gervasio, donde ahora se levanta el Colegio Mayor Monterols, sobre el montículo entre las calles Muntaner y Balmes, que entonces era una masía donde residíamos todo el año. Fue mi casa natal.

Aquella noche no supimos nada de él. Dado el cariz que tomaban los acontecimientos, suponíamos lo peor. Afortunadamente nos equivocamos.

Simplemente lo dejaron encerrado en su propia casa sin ellos saberlo, pensando que al día siguiente lo encontrarían para tomarle declaraciones sobre las monjas que había escondido. Naturalmente, mi padre tenía la llave y se escapó por la noche.

Por la mañana cogió el tren y vino a Caldetas. Después de comentar los últimos sucesos, acordamos dispersarnos con la consigna de reunirnos unos días más tarde en otro punto, lejos, donde nadie nos conociera. Sin pensarlo mucho, porque el tiempo apremiaba, decidimos congregarnos en el balneario Prats, de Caldas de Malavella, en la provincia de Girona.

Enseguida nos pusimos en movimiento: dos, al principio, siguieron la vía del tren para, más tarde, subir en él en estaciones diferentes; otros hicieron lo mismo en horas distintas, y el resto nos trasladamos por carretera. Al cabo de cuarenta y ocho horas, estábamos de nuevo reunidos en el lugar previsto.

En el balneario nos alquilaron una casita situada dentro del parque y allí pasamos los primeros días turbulentos de la revolución. Nos interesaba observar el curso que tomaban los acontecimientos. Allí tuvimos la oportunidad de conocer a una familia que, como nosotros, estaba flotando en espera de tiempos mejores. Después del conflicto coincidí con el hijo mayor, Ignacio Sallent, nos hicimos muy amigos y ahora es sacerdote de la Prelatura Opus Dei.

Cada día nos llegaban noticias aterradoras y a cada momento nos sentíamos más inseguros. Cuando los estragos de la revolución llegaron a aquel pueblecito de Girona, tomamos la decisión de huir.

-¿Qué edad tenía usted y cuántos formaban la familia?

-Yo había cumplido diecisiete años y era el último de seis hermanos. Mi hermana mayor tenía 28 años y estaba casada; vivía con su marido fuera

de casa. Por tanto, con mis padres, formábamos un grupo de siete. Todo seguía bien hasta que huimos, porque empezaban a matar gente por aquellos alrededores, entre otros al gerente del balneario. El problema más agobiante era descubrir un lugar seguro, porque el ambiente que se respiraba no ofrecía garantías de seguridad en ningún sitio.

En estas circunstancias, un tío mío, hermano de mi padre, nos brindó un piso en Reus. Nos pareció una solución ideal. Sin pensarlo dos veces, nos trasladamos allí. Nadie nos conocería y podríamos pasar inadvertidos.

Después de instalarnos, organizamos nuestra vida y buscamos trabajo. Los chicos lo encontramos muy pronto: nos contrataron en una fábrica de aviones instalada en Madrid, concretamente en Getafe, y trasladada a la provincia de Tarragona por razones bélicas. Unos rusos eran los responsables de los planos de los modelos que se fabricaban allí.

Comenzamos a trabajar y de momento todo funcionaba muy bien. Nos parecía que habíamos sacado el gordo. Pero, en realidad, la decisión de ir a trabajar en aquella empresa fue fatal para nosotros.

Nos quedamos sin sacramentos a partir del 19 de julio, día en que quemaron la iglesia de Caldetas. Mis padres eran unos cristianos ejemplares y se preocuparon de educarnos cristianamente. Me acuerdo que los domingos del tiempo de guerra, mientras fue posible, nos reuníamos todos en casa y, con un misal pequeño de los fieles, mi padre leía los textos de la misa. Así participábamos a nuestra manera en la Misa dominical. Teníamos noticia que por aquellos lugares había sacerdotes escondidos que no podían ejercer el ministerio porque, si los hubiesen descubierto, los habrían matado. Como es lógico, en estas circunstancias no podíamos ir a Misa ni recibir los sacramentos.

-¿Cuándo ocurría esto?

-Al mes y medio de haber estallado la revolución, por tanto a mediados del mes de setiembre de 1936. En Reus comenzamos una vida relativamente pacífica, porque no nos conocía nadie. Precisamente ésta era una manera de esconderse entonces: irse a una población y pasar desconocido.

Mi hermano mayor intentó huir a Francia cruzando los Pirineos, pero lo detuvieron y lo metieron en la cárcel de Figueres. Los dos, que trabajábamos en la fábrica, pasamos unos meses tranquilos, hasta que fuimos detectados como sospechosos. Puede dar una idea más precisa de la intensidad de la persecución religiosa a la que estábamos sometidos y del anticlericalismo de aquellos revolucionarios, el hecho que bastaba con no blasfemar para ser declarado sospechoso. Simplemente una actitud pasiva; no hacer ya era suficiente. Esta fue la causa de nuestro encarcelamiento; como no proferíamos blasfemias nos consideraron sospechosos.

Una de las expresiones del odio contra Dios en aquella fábrica era el concurso de blasfemias que se llevaba a cabo por la tarde en las oficinas, no en el taller: a ver quién diría más y quién las diría más horribles.

Recuerdo que uno de los que había llegado de la fábrica de Getafe me comentó:

-Yo comprendo que los facciosos nos tiren a matar, porque les hemos aniquilado todos los curas, y para ellos esto es un asunto muy serio.

El carácter antirreligioso de la persecución era claro y sin ningún tipo de disimulo.

EN LAS CHECAS

Poco tiempo después, el SIM (Servicio de Investigación Militar, equivalente a la KGB de Rusia) nos detuvo a los dos hermanos. Como sospechosos dentro de una fábrica de aviones, nos llevaron a las checas. Así comenzó nuestro calvario.

-¿Cómo era su checa y dónde estaba situada?

-La primera estaba en la calle Ganduxer esquina Vía Augusta. Era una casita, requisada, con un pequeño jardín. El ambiente que allí se respiraba era de amenazas, pistolas, hambre y lo más salvaje que pueda imaginarse. Al cabo de un tiempo me trasladaron al castillo de Monjuïc, me metieron en un calabozo y me tuvieron seis meses incomunicado. No podía hablar con nadie, porque los guardias me lo impedían.

En estas circunstancias estuve aquejado de sarna y me llevaron a la enfermería. Como tratamiento me pintaban con un líquido matainsectos vulgarmente llamado "zotal". Lo hacían con una brocha gorda, como las que se usaban para pintar paredes. El resultado fue que se me cayó la piel y se curó la sarna. Fue una auténtica cura de caballo.

El soldado que me conducía a la enfermería no me permitía hablar con nadie; pero un día, en el momento de meterme en la ducha, el enfermero me preguntó:

-¿Te gustaría comulgar?

-¡Sí! -le contesté.

La cura tenía dos sesiones. Esto significaba que el próximo día tendría que repetir la operación. Al verme de nuevo el enfermero me dijo:

-No te será posible comulgar hoy.

Supuse que él no era sacerdote, sino que tenía contacto con uno que estaba detenido. Aquel día no pude comulgar, pero lo conseguí unos meses más tarde, estando en otra prisión, la de San Elías, donde se encuentra ahora la parroquia de Santa Inés, en el barrio de San Gervasio. Antes era un convento, pero mataron a todos los frailes y convirtieron el edificio en checas. Al principio sólo existían las que habían montado los partidos políticos revolucionarios. Eran las más terribles y crueles; se sabía que los que metían allí no salían vivos. Un año más tarde instalaron en el mismo sitio una prisión del gobierno.

-¿Cómo eran unas y otras?

-Las primeras no las conocí. No sé detalles; pero nos las podemos imaginar; eran para torturar y matar a personas. De las otras sí puedo dar referencias precisas, porque las conocí por experiencia personal. Llegaron a ser tan tristemente famosas, que incluso después de la guerra fueron muy visitadas, especialmente las de la calle Vallmajor, en San Gervasio, delante mismo de mi casa. Eran calabozos perfectamente instalados con sistemas científicos de tortura. No podías ponerte de pie, ni sentado, ni estirado; los ladrillos estaban colocados de punta hacia arriba para que no se pudiese descansar. Algunas, además, estaban dotadas de silla eléctrica.

-¿En qué consistía?

-Era una especie de silla conectada a la línea eléctrica de 220 voltios. El condenado no moría, pero periódicamente recibía unas sacudidas terribles, que le dejaban atontado. Todo estaba pensado para que las pobres víctimas declararan lo que deseaban los verdugos. Así conseguían nombres de otras personas que más tarde serían detenidas.

También usaban otros métodos. A mi hermano le llevaron en dos ocasiones a un fingido fusilamiento para que les declarase nombres de amigos. Su respuesta fue siempre la misma:

-Podéis disparar, que no denunciaré a ninguno.

-¿En qué checas estuvo usted?

-Conocí por experiencia las de la calle Ganduxer. Me metieron dentro de una carbonera, un pequeño recinto oscuro de techo muy bajo con un poco de carbón. Allí había también una bañera vieja. Puedes imaginarte la pésima sensación que experimenté al quedarme encerrado en aquel singular calabozo. ¿Qué hago ahora? -me pregunté-. Creí que lo mejor sería ponerme a dormir. A los 18 años, como tenía yo entonces, se duerme en cualquier sitio y de todas maneras.

-¿Qué amenazas recibía? ¿Qué tipo de diálogo sostenía con los verdugos?

-Había dos clases de hombres: unos, más bien jóvenes, parecían fieras. No hacían más que gritar, insultar y amenazar con la pistola en la mano. Tenías la impresión de que en cualquier momento dispararían y te matarían. Otros, de más edad, gritaban menos e iban más al grano. Intentaban que el preso firmase un documento con el cual él mismo se condenaba a muerte declarándose enemigo de la república y reo de alta traición. A mí concretamente me vino uno de éstos y me invitó a firmar el documento. Le contesté:

-Yo no he dicho esto.

-Aquí disponemos de medios para hacerte firmar lo que queramos -me respondió.

Y abrió un armario lleno de instrumentos de tortura.

-Pues adelante. No hace falta pensármelo más.

Y estampé mi firma al pie del documento. De esta manera los tribunales populares tenían justificada tu sentencia de muerte. Tú mismo te habías confesado reo.

EN EL CASTILLO DE MONTJUÏC

De las checas de la calle Ganduxer me trasladaron al Castillo de Montjuïc donde había cinco calabozos llamados de “capilla”. Estaban reservados para los condenados a muerte que tenían que ser ejecutados una de las noches siguientes. Yo no estaba condenado, pero me metieron en uno de ellos. Allí me retuvieron varios meses.

¿Cómo eran aquellos calabozos?

-Eran los típicos de los castillos del siglo XVII. Medían unos cuatro metros cuadrados y eran individuales. Sin embargo en el mío llegamos a estar 16 personas. En la puerta que daba al corredor había una ventanilla partida con una cruz de hierro, que era la única ventilación del recinto. Era tan pequeña, que en verano nos moríamos de calor y nos ahogábamos por falta de aire; nos veíamos obligados a hacer turnos para ir a la ventanilla y respirar unos momentos el aire del corredor. Pasé un agosto horrible.

Además, la insuficiencia de la habitación nos obligaba a alternarnos para dormir: si unos querían estirarse en el suelo, los restantes debíamos estar de pie. Pero lo peor no era esto, sino que de vez en cuando, por la noche, entraban elementos del SIM y nos daban unas palizas horribles con un bastón o con los puños. Era un trato vergonzosamente inhumano. ¡Parece mentira que hombres, a sangre fría, puedan ser tan crueles con otros hombres! Y, como si esto fuese poco, casi diariamente llamaban a algunos para fusilarlos. Un rato después de habérselos llevado, nosotros oíamos los disparos. Aun recuerdo la noche en la que fusilaron a 42. Cuando pronunciaban su nombre, tenían que salir del calabozo y eran conducidos, fuertemente custodiados, a la fosa de santa Elena.

En aquellos momentos oí a uno que decía: Ahora han ingresado a dos mujeres en la cárcel y una de ellas es Sara Jordá, de Figueres. De referencias, conocía muy bien a aquella señora: se dedicaba sobre todo a pasar gente a Francia. Gracias a ella muchos consiguieron cruzar la frontera, entre ellos, mi hermana casada.

Tenía una criada muy lista y las dos habían conseguido montar una organización tan perfecta y eficaz, que alcanzaban sus objetivos sin ser descubiertas. Hacía tiempo que sospechaban de ella y la perseguían, hasta que un día la detuvieron y la condenaron a muerte. Cuando oí su nombre, experimenté una fuerte sacudida en mi corazón.

Los milicianos acudían por la noche a los calabozos, llamaban a los

que tenían en la lista y se los llevaban a matar. Algunas de las víctimas hacía días que estaban allí; a otras, les tocaba la primera noche.

Cuando oías el nombre de un compañero tuyo que estaba a tu lado en el mismo calabozo, lo veías salir pensativo y observabas que, custodiado como el peor criminal, se encaminaba a la fosa de santa Elena, experimentabas en tu interior unos sentimientos difíciles de expresar: eran de pánico, de indignación, de impotencia, de suspensión. Durante la trágica operación pensabas: ahora pronunciarán tu nombre. Cuando habían terminado, te decías: hoy no, mañana. Siempre la vida colgada por un hilo, un día y otro. Una de las cosas que más me impresionaba era oír que llamaban a compañeros con los que había convivido una temporada. Era un momento en que se palpaba especialmente la diferencia entre los que creían en la otra vida y aquellos que no tenían ninguna creencia. Estos daban la sensación de vértigo, de vacío, de nada; en cambio, los otros se mostraban serenos, optimistas, llenos de esperanza. Estaban seguros de que pasaban a una vida mejor. Este contraste apareció con especial relieve el día que fusilaron a dos jóvenes ejemplares que daban la impresión de ser de una casa de payés de no sé qué lugar. Unos momentos antes se animaban mutuamente comentando que después de esta vida hay otra mucho más importante y maravillosa y que la muerte es la puerta para entrar en ella. Recuerdo que al llamarles, se dieron cuenta de que no los ejecutarían en el mismo grupo. Entonces el primero se despidió del otro con toda naturalidad, diciéndole: "¡Hasta luego!" Al cabo de unos minutos oímos las descargas. Poco después, volvieron los milicianos y se llevaron al otro. Era impresionante la serenidad, la tranquilidad y la fe con que éste iba también a la muerte.

En tantos meses de estar allí, tuve la oportunidad de vivir las últimas horas de muchos sentenciados a muerte. Al principio experimentaba una fuerte sacudida; después, casi llegué a acostumbrarme. Son momentos trascendentales para los que pasan por este trance.

Recuerdo con especial viveza el caso de Luis Palacio Vega, un aviador. Era un chico valiente, noble y profundamente cristiano. Cuando estaba cumpliendo una misión aérea en el frente de Aragón, abatieron su aparato, él se lanzó en paracaídas, lo apresaron, lo llevaron al calabozo junto al mío y lo condenaron a muerte. En el tabique que nos separaba, había un agujero por el cual nos podíamos comunicar. Estuvimos conversando hasta el momento en que lo llamaron. Sus últimas palabras antes de salir para el paredón fueron este encargo:

-Si sales vivo de la guerra, cuenta a mi familia nuestras conversaciones y diles que he muerto como un valiente.

Tan pronto como me fue posible, cumplí puntualmente su encargo. Años más tarde pude localizar a su familia en Asturias y les transmití nuestras conversaciones.

Podría contar muchos casos como éste, de gente con la cual he pasado los últimos momentos de su existencia hablando de esta vida y de la otra. Eran chicos que estaban perfectamente sanos, que nada les hacía daño, que se encontraban en la plenitud de la vida y que eran conscientes de que al cabo de unos minutos serían fusilados. Morir fríamente no es lo mismo que hacerlo en el ardor de un combate o en una cama después de una larga enfermedad. ¡Cuántas personas excelentes cayeron vilmente asesinadas!

Recuerdo varias anécdotas vividas en Montjuïc.

Había un prisionero, natural de Jaca, que durante la guerra había sido carabinero. Antes tenía dos oficios: el de zapatero y el de panadero. Era muy habilidoso. Todavía vive. Al cabo de unos años su mujer me dijo:

Santiago no hace moneda falsa porque no quiere, porque si quisiera, la haría.

En efecto, era un auténtico manitas. En la prisión hizo un juego de ajedrez precioso. Se llamaba Santiago Lacasta Sanjuán. Nada le daba miedo: era muy valiente. Cuando los rojos emprendieron la ofensiva en el alto Aragón, él hacía de carabinero con dieciséis más en el pueblecito de Biescas.

Los republicanos, con un ejército de 60.000 hombres, conquistaron prácticamente todo el Alto Aragón, pero no pudieron apoderarse de Huesca, sino que tuvieron que quedarse en las afueras. En la misma ofensiva, también les fue imposible entrar en el pueblo de Biescas por la heroica resistencia de aquellos 17 carabineros que causaron 200 bajas a los rojos. Más tarde lo destruyeron con la artillería y, al final, solamente quedaron dos carabineros vivos. A uno le fusilaron y el otro, Santiago, se salvó por una de aquellas cosas que pasan en España, que un amigo es más poderoso que todos los ministerios juntos. Encontró un amigo entre los rojos que le dijo:

-¡Vente conmigo! Tú no digas nada.

Y lo metió entre el grupo de prisioneros que había allí.

Cuando los prisioneros llegaron a Barcelona, uno le reconoció y dijo:

-Este es el héroe de Biescas.

Un capitán de la guardia lo oyó, lo denunciaron, lo juzgaron y lo condenaron a muerte. Lo acusaban de haber causado 2.000 bajas al ejército republicano antes de rendirse. ¡Toda una acusación! El estaba conmigo en el calabozo escuchando cada noche la relación de los que iban a ser fusilados a la mañana siguiente. Cada día me decía:

-Hoy me tocará a mí, verás.

Llegaba la noche, escuchábamos la fatídica lista y nada. La voz grita-

ba: fulano de tal del tercer calabozo; fulano de tal del segundo calabozo, y se paraba. Mi amigo, manifiestamente contrariado, replicaba:

-Será mañana.

Cuando ya llevaba más de un mes condenado a muerte y nunca le nombraban, una noche, tras escuchar los nombres de los que iban a ser fusilados, me dijo enfadado:

-Ya estoy harto. Seguro que a estos tíos los han condenado a muerte después que a mí. Esto va a terminarse.

Da unos golpes a la puerta, sale el jefe de guardia y le pregunta:

-¿Qué quieres?

-Cabo de guardia, dile al capitán que yo tengo que hacer una instancia y que necesito papel y pluma.

El capitán le proporcionó un tintero, una pluma y papel, y Santiago escribió la instancia más curiosa que he visto en mi vida. Decía así:

“Santiago Lacasta Sanjuán, prisionero de guerra, expone que el día tal fue juzgado y condenado a muerte y que han transcurrido treinta y tantos días de esto. Por lo cual solicita que le sea ejecutada la sentencia con la mayor brevedad posible”.

Todo se realizó con una total seriedad. Lo que más me impresiona es que a mí me parecía completamente lógica la actitud de aquel hombre. En cambio ahora me llevo las manos a la cabeza al pensar en semejante instancia.

No hace mucho fui a verle a su casa de Jaca y le comentaba:

-Seguramente que ahora darías cualquier cosa por poseer aquel documento, porque la verdad es que era muy curioso; pero debo decirte que cuando tú lo escribías, a mí me parecía la cosa más normal del mundo. ¡Cómo cambian las fuentes de la historia!

Pero todavía lo más divertido fue que al cabo de dos horas se oyó un ruido de llaves. Era el jefe de guardia que venía con el mayor del SIM. Este dijo al otro;

-¡Abre aquí! Santiago Lacasta, tercer calabozo.

Y sale Santiago. El del SIM le pregunta:

-¿Usted ha escrito esto?

-Sí, señor.

-¿Por qué lo ha hecho?

-Ya lo digo ahí. He estado más de un mes esperando que me fusilen y nada. Una noche y otra...

El otro escuchaba con gran interés, como quien se deja convencer. Ante tal actitud, Santiago se envalentonó:

-A otros que los han condenado más tarde, ya los han fusilado; en cambio a mí... Van pasando las noches, una y otra y nada. Que si me toca,

que si no me toca.... Hombre, esto no es vivir. Comprendo que a lo mejor es cuestión de papeleo. Pues a ver si lo arreglan.

Aquel mayor, con un claro gesto de convencimiento, se despidió con estas palabras:

-Pues, ¡hala! No te preocupes. Yo te arreglo el asunto.

Esta fue su última frase.

-¿Y qué arregló?

-Nada, porque Santiago todavía vive. A veces, cuando he ido de romería al Santuario de Torreciudad, he pasado por Jaca, lo he visitado y hemos tenido tertulias divertidísimas.

Otro caso. Trajeron a un hombre que temblaba de miedo. No creo que haya visto en mi vida a nadie más acobardado que él. Lo condenaron a muerte y más tarde le conmutaron la pena por la de cadena perpetua en premio a sus méritos revolucionarios al principio de la guerra. Se resistía a hablar, pero poco a poco conseguimos que abriese la boca y que nos contase su historia. ¡Y qué historia...! Comenzó así:

-¡Tener que estar encerrado en un calabozo, condenado a muerte, yo que vivía como un duque! Más que yo, sólo cobraba la chica de las serpientes.

Era un español que trabajaba en un circo francés. Antes, era chófer de un camión. Un día el domador de leones discutió con el gerente y, sin pensárselo mucho, abandonó la empresa cuando el público ya estaba situado en la pista. Nos dijo:

-Yo vi la oportunidad de mi vida. Me presenté al gerente y le dije:

-Si quiere, me comprometo a sacar los leones.

Me había fijado cómo trabajaba el domador y me atreví a la aventura. Efectivamente, el gerente, con el público sentado en sus butacas, vio la solución del grave problema que tenía planteado.

-Haz lo que puedas -me dijo.

Empezó la función y obtuvo un gran éxito y con el éxito, la plaza de domador de leones. La consiguió porque supo aprovechar la oportunidad de su vida.

-Ganaba mucho dinero y vivía como un duque. Más que yo, solo cobraba la chica de las serpientes. Y ahora ¡tener que estar aquí! Y por si fuera poco, abandonado de mi mujer.

Acorralándole a preguntas, creo que llegamos a saber toda la verdad de su vida. La mujer huyó porque él mató a su padre.

-¿Por qué dejaste el circo?

-Hombre, cuando me enteré de que en España había estallado la revolución, vine enseguida y empecé con mi suegro.

Mató a su suegro porque era católico, después se hizo voluntario para ir al frente de Aragón; pero muy pronto se cansó, porque él estaba acostumbrado a vivir bien y allí no podía. Tan pronto como le fue posible,

volvió a Barcelona y se hizo guardia de asalto. Pero el sueldo de guardia no le daba para vivir como un duque, y se convirtió en un atracador de noches. Una noche no se quitó el uniforme y salió a atracar. Al primero que encontró le dijo:

-¡Venga, la cartera!

-Pero ¿usted no es guardia?

-Déjese de historias. ¡La cartera!

No es que aquel señor se resistiese; es que no acababa de creerse que un guardia le estuviese atracando. Se alargó demasiado la conversación, le vieron otros guardias, le detuvieron, lo juzgaron y lo condenaron a muerte. En la prisión tenía un miedo tan enorme a la ejecución, que temblaba continuamente. Daba pena. Nosotros para consolarle le decíamos:

-Aún no te han fusilado.

Poco después, en consideración a sus méritos revolucionarios anteriores, le conmutaron la pena. Antes, sin embargo, se puso enfermo. Nadie sabía qué enfermedad le aquejaba. Vino el médico y le recetó unos “papeli-tos” que contenían polvos que bajaron de la enfermería. Pero él no quiso tomarlos de ninguna manera. Decía:

-¿Te crees tú que soy tonto? Condenado a muerte, ¡no voy a tomar lo que me han dado arriba!

-Pero, hombre, esto no tiene que ver con que tú estés condenado a muerte. El médico es un preso como tú que está cumpliendo lo que le mandan.

-¡No me vais a engañar!

Y no hubo manera de que se tomase aquellos polvos medicinales. Cuando se puso bien, todos intentábamos hacerle contar las aventuras del circo francés: las serpientes, los leones, etc. Nosotros nos moríamos de risa, mientras él se moría de miedo. Por un lado, revolucionario cien por cien, hasta el punto que nada más enterarse de que había estallado la revolución en España, deja el circo francés y viene enseguida a matar gente al grito de “esto es lo mío”, y, por otro lado, cuando se encontró dentro del calabozo condenado a muerte, tiembla de miedo. ¡Cómo cambian los hombres! Una cosa es matar a sangre fría y otra, esperar a que vengan a matarte.

Había también entre nosotros un joven de 21 años que era de la FAI y atracador. Desde los 14 años frecuentaba la escuela de terrorismo de la Torrassa. Afirmaba que la simbiosis de anarquista y atracador era estupenda porque, si atracas a un banco y te sale bien, das una parte a la FAI y no ha pasado nada, y, si te detienen, entra en acción la FAI y tu delito se convierte en político.

Aquel joven se llamaba Olmedo, pero dentro de su ambiente de atracador y de la FAI le llamaban Almeja. Era hijo de inmigrantes, hablaba en castellano y había nacido en un barrio famoso como sede de revolucionarios, en las afueras de Barcelona. Era un desgraciado, pero tenía muchas

virtudes humanas, entre ellas la del compañerismo. Se podía comer en el mismo plato con él. En aquella época en que pasábamos tanta hambre él, con cierta elegancia, soltaba la cuchara, pronunciaba algunas frases y dejaba tiempo para que el compañero pudiese comer. Con otros, por ejemplo con un profesor de historia, esto resultaba imposible, porque no se dominaba el hambre.

Este chico, que se consideraba un profesional del terrorismo, contaba que, por ejemplo, la FAI organizaba una huelga revolucionaria, y él y otros compañeros suyos recibían el encargo de matar a los esquiroles para que escarmentasen. De hecho, durante una huelga de tranvías, él y otro cogieron un taxi, persiguieron a un tranvía y mataron al conductor (Los tranvías de aquel tiempo estaban completamente abiertos y no había puerta que protegiese al conductor).

Otro personaje famoso fue un guardia civil. Lo detuvieron por carlista. Venía a ser como el revés de la medalla del anterior. Cierta día con un compañero suyo estaba en acto de servicio por la calle Pedro IV y vio que desde un taxi tiroteaban al conductor de un tranvía. El disparó todo el cargador del máuser (cinco balas) contra el taxi, pero no pudo evitar que éste continuase su marcha.

En aquel momento Almeja reconoció que aquel guardia civil era quien había disparado contra ellos y le dijo:

-Nos mataste a uno, pero no al conductor.

El guardia contó que al día siguiente encontraron un taxi abandonado con sangre en su interior.

Eramos catorce y disponíamos de pocos platos. Esto nos obligaba a comer dos en uno. Lógicamente a veces tocaba al guardia civil y Almeja comer juntos. Allí todos éramos presos en el mismo calabozo. Desde entonces se contaron historias de atracadores, de la FAI, de guardias civiles, etc.

Un día trasladaron a Almeja a otro lugar. Su despedida del guardia civil fue un fuerte abrazo y las siguientes palabras: "Civilón, si salimos vivos de ésta y un día nos encontramos en la calle, nos vamos a tomar una cerveza juntos; pero, si nos encontramos cada uno en "acto de servicio", ya sabes: el que tire primero.

-¿Cómo pasabais el tiempo allí dentro?

-Cuando éramos muchos -más de dieciocho- no hacíamos vida juntos, porque no cabíamos estirados en el suelo: teníamos que hacer turnos. En cambio, cuando éramos pocos, la tertulia duraba todo el día contando cada uno sus aventuras. Y como se trataba de personas tan diferentes, resultaba interesantísima.

Había un capitoste de una banda de atracadores muy inteligente, un hombre que discurría mucho y nos contaba atracos como de película, desde

su montaje hasta su desenlace final. Allí salía el encargado de la vigilancia, el que está en la puerta y evita que entre gente, el atracador propiamente dicho, la huida, etc. Lo explicaba con tantos detalles y con tanta fuerza, que parecía que te encontrabas allí. De todas formas, el que tenía más éxito era Santiago Lacasta. Sus narraciones de la guerra, de sus combates en Biescas y de su juicio eran divertidísimas. Las horas nos pasaban volando.

Lo peor era estar solo. Esto sucedía cuando fusilaban a todos los compañeros del calabozo. Estar solo, sí era duro, de las cosas más duras, sobre todo en tales circunstancias. El hombre es sociable.

-¿Pasó usted por este trance?

-Sí. Estuve dos meses solo y a oscuras, sin ver la luz. En tal caso lo más aconsejable es dormir todo el tiempo posible. Yo batí el récord: conseguí pasar 16 horas durmiendo y 8 despierto, lo contrario del mundo actual. Así el tiempo se hacía más corto. A los 18 años se tienen grandes posibilidades en este campo.

-¿A usted le detuvieron por alguna causa relacionada con la religión?

-No, o a lo mejor sí. Simplemente por el hecho que he contado antes: observaron que no blasfemaba nunca. Por este motivo me consideraron sospechoso de connivencia con el enemigo. En cambio en la prisión, muchas palizas eran propinadas por el simple hecho de llevar medallas u otros objetos religiosos.

-¿Cómo! ¿Les daban palizas?

-¡Ya lo creo! Nos llamaban uno a uno, salíamos del calabozo y en el pasillo nos daban la zurra. A veces eran puñetazos -hay que tener en cuenta que un puñetazo sin guante en la cara te hace perder los sentidos y te desploma en el suelo-; otras veces eran bastonazos: nos hacían poner firmes y paf, paf, sin ninguna contemplación.

-¿Cuántas veces le pegaron a usted?

-A mí, dos; pero a un pobre hombre que estaba en el calabozo de al lado, tres o cuatro. No seguían ningún orden: un día tocaba a uno, al día siguiente a otro. Era cruel, humillante y de una cobardía incalificable. Los más aficionados a dar palizas eran dos del SIM relativamente jóvenes, con los cuales más tarde coincidimos en la prisión de San Elías.

De repente aquellas brutales sesiones no se repitieron más. Sucedió que con motivo de una epidemia de tifus, salió una orden militar ordenando que todos los del Castillo, presos y guardias, tenían que ser vacunados. Los tratamientos curativos en una prisión militar son de caballo, como aquellos de la sarna que he mencionado antes. En el caso del tifus lo hicieron de la siguiente manera: tenían una especie de recipiente lleno de vacuna anti-tífica y, con la misma jeringa, nos la iban inyectando en la espalda. Uno de aquellos guardias, cuando le clavaron la aguja, se quedó rígido y sin

capacidad de moverse. Al verlo, pensé: éste, cuando le haya pasado el efecto de la inyección, será peor que antes.

Por aquellos días hubo una depuración del SIM. Los que no pertenecían al PSU -Partido Socialista Unificado, que era el único que querían los rusos- fueron expulsados del SIM y algunos de ellos incluso encarcelados. Los pobres que tuvieron la desgracia de que alguno les reconociese en la prisión, eran linchados sin contemplaciones.

-¿Quién lo hacía?

-Los demás presos a quienes habían torturado cuando eran guardias. Eran casos de odio y de venganza. El que había sido enemigo y verdugo, ahora es igual, en las mismas condiciones.

En los últimos días sucedieron escenas terribles. Por ejemplo: los guardias que eran del cuerpo de prisiones -guardias corrientes- habían sufrido también el mal trato de los del SIM, que se hizo dueño de las cárceles. Al final todo el mundo estaba contra el SIM, desde los de Falange hasta los de la FAI y los guardias de la Generalitat. Cuando se sabía que uno había pertenecido al SIM, los guardias eran los primeros en divulgar la noticia y todos iban contra él.

Durante la depuración del SIM, me sucedió un caso que no olvidaré jamás. Encerraron en la prisión de San Elías a uno de los guardias de Montjuïc, de los que apaleaban. Yo lo reconocí al instante, él también a mí y se tornó blanco como la cera. Mi hermano y yo decidimos perdonarle. Fuimos a verle y le dijimos:

-No tengas miedo, que no te delataremos.

Nos miró con rostro escéptico, como si no se lo creyera, porque unos días antes habían ingresado a dos, los reconocieron y los lincharon sin compasión.

-No temas -insistimos-. No diremos nada.

El se tranquilizó y nosotros quedamos muy contentos porque habíamos perdonado.

-¿Qué les daban para comer?

-La comida era muy sencilla. Venían con un cubo lleno de agua y unos pocos garbanzos, tan pocos que se podían contar. Nos servían un cucharón a cada uno.

-¿Y para hacer las necesidades?

-Llamábamos a la puerta y venía el jefe de guardia con unos soldados. Nos acompañaban a una especie de galería en la que había un grifo y excusados; ellos esperaban y, cuando el interesado había terminado, lo devolvían al calabozo.

-¿Siempre estuvo en Montjuïc?

-No; también permanecí un tiempo en el transatlántico Uruguay,

que servía de prisión en el puerto, y después en el Seminario diocesano convertido en prisión, donde, por cierto, lo pasé bastante mal. Un día, sin previo aviso, me llevaron a juicio. De golpe me encontré ante unos jueces y unos acusadores descamisados. A mi hermano lo llevaron a un campo de trabajo. Estábamos separados, pero al cabo de un tiempo nos encontramos en el Palacio de Justicia de Barcelona. Empezaron el juicio de los dos y, después de unas sesiones, se les ocurrió suspenderlo para trasladarnos a un tribunal de Tarragona para juzgarnos. Terminado el juicio nos llevaron a otra prisión, a la de San Elías, que antes había sido convento, después la convirtieron en checas y entonces era una sucursal de la Modelo, porque estaba a rebosar. Era bastante grande y tenía patios y galerías. Allí metieron a más de dos mil personas. Todo estaba lleno. Nosotros apenas cabíamos. Dormíamos en el suelo en una sala muy espaciosa, uno junto a otro en dos filas a ambos lados del recinto, con la cabeza junto a la pared. Quien más quien menos, cada uno tenía sus andróminas -una maleta o cosas por el estilo- que usaba como cojín.

Un día, cuando faltaba mucho para amanecer y todo el mundo estaba durmiendo, observé que el que estaba situado enfrente se levantaba despacio sin hacer ruido, se ponía de rodillas, se colocaba la maleta delante y empezaba a celebrar la santa Misa. Mi hermano y yo seguíamos paso a paso sus movimientos. Por la mañana, acudimos a él y le pedimos si tendría inconveniente que los demás días siguiéramos la santa Misa y recibiéramos la sagrada Comunión. Aceptó muy amablemente. A partir de entonces, cuando llegaba la hora, nosotros nos sentábamos en el suelo y participábamos en el sacrificio eucarístico; en el momento de la comunión, nos acercábamos a él, comulgábamos y volvíamos a nuestro sitio sin hacer ruido. De manera que, de la forma más sencilla, después de dos años de no comulgar, conseguimos hacerlo diariamente.

-¿Quién era aquel sacerdote?

-No lo sé, no lo he sabido nunca. No se lo pregunté para no comprometerlo. En aquellas circunstancias se actuaba con la máxima prudencia, porque nadie se fiaba del vecino, aunque en este caso él se fio de nosotros. Cuando ocurrió esto, ya nos habían juzgado a medias, no estábamos incommunicados y nos habían sacado del calabozo y de las checas. De todas maneras, pasamos muchas peripecias, aunque desde el punto de vista espiritual estábamos muy bien.

-¿Nos podría contar algunas aventuras más?

-Sería larguísimo.

Más tarde nos trasladaron a Tarragona donde nos tuvieron un mes en la prisión conocida con el nombre de "Casa de Pilato", ahora museo. Desde allí oíamos el estrépito de los cañonazos que nos anunciaba el avance y la proximidad de los nacionales; pero no se atrevieron a ponernos en

libertad; sino que nos metieron en vagones de carga y nos llevaron a la Modelo de Barcelona.

-¿A finales del 1938?

-Sí. La Navidad todavía la pasamos en la prisión de Tarragona. A medida que las tropas nacionales se acercaban a Barcelona, desde la Modelo organizaban la evacuación a Francia. A los presos nos utilizaban como rehenes. Salíamos en todas direcciones en grupos de 500, vigilados por 200 guardias. Todos protagonizamos una auténtica odisea durante la travesía hacia el país vecino. Así, los guardias del grupo del Collell (Girona), cuando se dieron cuenta de que tenían a los nacionales muy cerca, sacaron a los presos del recinto y los mataron en las afueras, al pie de la carretera. Otro grupo quedó aislado, no le llegaba el abastecimiento y pasaron tanta hambre que el comandante dio la orden de "sálvese quien pueda".

Nuestro grupo fue caminando. Si alguno no podía seguir, sin ningún tipo de atenciones, le disparaban cuatro tiros y lo dejaban tumbado en la cuneta. Aquellos guardias no estaban para bromas. Para ellos la vida de un hombre significaba muy poco. En análogas circunstancias mataron junto con otros al obispo de Teruel, el P. Polanco, en el pueblo de Pont de Molins, provincia de Girona.

Hubo mucha crueldad. Los guardias se daban cuenta de que nosotros teníamos el valor de rehenes. Por otro lado había personas ancianas, enfermas, achacosas que no podían andar hasta la frontera. Les resultaba imposible caminar durante dos semanas. Antes de salir de la Modelo, se formaron filas de enfermos y ancianos para ser reconocidos y en posibilidad de quedarse. Pero en lugar de atenderles, el capitoste dijo:

-Todos son útiles.

Nuestro grupo, sin embargo, tuvo suerte, porque mataron a pocos. Casi todos llegaron a Francia.

LAS PERIPECIAS DE MI ESCAPADA

-¿Qué ocurrió al salir de la Modelo?

-Desde la Modelo nos llevaron a Centelles en un tren de carga. Pasamos la noche pésimamente en un edificio abandonado y por la mañana emprendimos la marcha por la montaña hacia Castelltersol. Al día siguiente volvimos atrás hasta La Garriga y Figaró. Andábamos sin saber adónde íbamos. Después de caminar toda la jornada, volvimos prácticamente al punto de partida. Se puede decir que recorrimos un círculo. Pasamos la noche en una ermita de las afueras de Figaró, y, dado que no cabíamos todos, una parte nos quedamos fuera. Era el mes de enero y nos pelamos de frío; en cambio, los que estaban dentro se asfixiaban.

Al amanecer nos pusimos nuevamente en marcha. En Seva, cerca de Vic, acampamos en la era de una masía cerca del pueblo. Era bastante grande y cabíamos todos. La noche era negra y, además, llovía a cántaros. Los guardias llevaban impermeables y rodeaban la zona para que nadie se escapase. Sin embargo mi hermano y yo pensamos que había llegado nuestra hora, el momento de la gran aventura. Observamos que dos guardias estaban muy atentos por lo que sucedía delante de ellos y totalmente preocupados por lo que podía ocurrir por los lados. Nosotros, arrastrándonos por el suelo, conseguimos escaparnos sin ser detectados.

Meses más tarde, en Barcelona nos contaron lo que había sucedido en el grupo. Cuando por la mañana les hicieron formar en filas de a tres, encontraron nuestras mochilas, pero no, a nosotros. Entonces amenazaron a todos advirtiéndoles seriamente que si se escapaba uno, fusilarían a los otros compañeros de la fila. Naturalmente, nadie se escapó.

Al llegar a la frontera, observaron que el ejército rojo se pasaba a Francia y que entregaba las armas al país vecino. Entonces nuestro capitán dijo a los otros guardias:

-Dejemos a estos quinientos hombres en esta hondanada y que hagan lo que quieran. Nosotros pasaremos, así en Francia no estaremos juntos. Lógicamente, los guardias hacían lo posible por evitar la convivencia con los presos, de igual a igual, una vez cruzada la frontera.

Al comenzar esta maniobra, llegó una brigada internacional y preguntó:

-¿Quiénes son éstos?

-Son unos presos -le contestaron.

-Pues, traed las metralletas y nos los cargaremos aquí mismo.

Ante esta amenaza, nuestro capitán reaccionó responsablemente y dijo:

-No, en estas condiciones no los podemos abandonar.

Mandó regresar a los doscientos guardias y cruzaron juntos la frontera. Así se hizo amigo de todos.

Entretanto nosotros, con el afán de alejarnos lo más posible del grupo, no cesamos de andar o correr, siempre bajo la lluvia y en la oscuridad de la noche, hasta llegar nuevamente a Centelles, de donde habíamos partido cuatro días antes. Todavía no había despuntado el alba y ya habíamos alcanzado la cumbre de un monte que se levanta detrás de la población. Pero llegó un momento en que el hambre y el frío nos atormentaban enormemente. Además, como estábamos en edad militar -yo tenía 19 años y mi hermano 21- cualquiera nos habría podido tomar como desertores. De hecho habíamos incurrido en una situación mucho más comprometida: éramos unos desertores fugados de la prisión. Si nos hubiesen descubierto y detenido, la sentencia habría sido fatal. Conscientes de esta circunstancia, continuamos nuestra aventura. Al amanecer, vislumbramos una casa cerca

de nosotros y lejos del pueblo. Nos llenamos de esperanza y también de temor. Nos decíamos:

¿Qué hacemos? ¿Nos acercamos y pedimos auxilio? Siendo de la Plana de Vic ¿cómo no van a ser buenas personas y no nos van a acoger? Pero, ¿y si no lo son? ¿Si nos denuncian? ¿Y si está ocupada por carabineros y nos detienen?

Nos debatíamos en una incógnita vital, porque en aquellas circunstancias podía ocurrir cualquier cosa. Pero teníamos que tomar una decisión. Transcurrían los minutos y cada vez la luz de la mañana nos permitía ver con más claridad los perfiles de la casa. Se llama can Pujal y está situada dentro del término de Collsuspina. Nos íbamos acercando tímidamente y con los ojos muy abiertos. De pronto se puso a ladrar un perro y al mismo tiempo salió una mujer mayor que daba la impresión de ser una excelente persona. Al vernos nos dijo con tono amable:

-Vengan, vengan. Ustedes han pasado la noche a la intemperie, están mojados y se mueren de frío. Entren.

Nos llevó cerca de la lumbre para calentarnos y secarnos. Fue muy atenta y comprensiva.

Nosotros no nos atrevíamos a hablar mucho. Aquellos días pasaba por allí el ejército rojo en retirada y el pánico cundía en la gente de los pueblos, y en nosotros, más, porque nos encontrábamos en edad militar. Nadie se fiaba de nadie; todo el mundo hablaba tan poco como podía. Aquella mujer tampoco se atrevía.

Pero el calor del hogar iba penetrando en nuestro espíritu y nos dio fuerza para romper el hielo. Poco a poco fuimos revelando nuestra identidad y manifestando nuestros sentimientos. Resultaba que ella tenía un familiar en la prisión y algunos hijos escondidos en cuevas en las proximidades de la casa. Cuando le comunicamos que nos habíamos escapado de un batallón que conducían a la frontera, al instante cambió de actitud. Con la serenidad y entereza que comunica la fe cristiana, nos dijo:

-No se preocupen. Yo cuidaré de ustedes.

Y nos acompañó a unas cuevas no muy lejos de la casa para que estuviésemos escondidos y nadie nos encontrase. Sus palabras al despedirnos fueron:

-¡Tranquilos! Les traeré noticias, comida y todo lo que les haga falta.

Nos entregó una especie de abrigos viejos de su abuelo que guardaba en un baúl, cortamos ramas para montar una especie de cama y pasamos la noche en aquella cueva tal como nos indicó. Luego se acercaron dos jóvenes, hijos suyos, que iban a esconderse en otra cueva, charlamos un poco y nos orientaron sobre el comportamiento a seguir en aquellas circunstancias.

-No hay ningún peligro -nos aseguraron-. Cuando haya anochecido, iremos a la casa, cenaremos y después volveremos a nuestra cueva.

Efectivamente. A la hora convenida, nos reunimos todos en la casa:

éramos catorce. Catorce hombres escondidos en distintas cuevas con una organización que funcionaba perfectamente. Aquella mujer tenía el aspecto de ser inteligente, serena, fuerte. Se la veía capaz de enfrentarse con cualquier personaje y de dominar perfectamente la situación. Una de aquellas mujeres que tanto abundaban en las masías de nuestra tierra.

Había cocido una voluminosa olla de polenta, seguramente la única provisión de su despensa, y nos la sirvió.

Una vez terminamos de comer, nos dijo:

-Ahora tenemos que rezar el Rosario.

Y sin esperar nuestro asentimiento, sacó de un cajón unos rosarios grandes, de los que las casas de payés tenían colgados junto a la lumbre, y ella misma lo dirigió. Y nosotros, los catorce hombres, alternando con ella con fe y devoción. Mi hermano y yo no habíamos oído rezar el Rosario desde hacía dos años. Era realmente emocionante, de película. Acabada la plegaria, regresamos a nuestra cueva, que encontramos inundada porque llovía mucho. Nuevamente quedamos mojados de arriba a bajo. Estábamos bastante entrenados; pero en el corazón del invierno no resultaba nada agradable vivir en aquellas circunstancias. Hay que destacar, no obstante, que, aunque nos mojamos, no sufrimos ningún catarro. Al día siguiente, por la mañana, una niña de siete u ocho años nos trajo el desayuno. Pasaba por las cuevas, dejaba la ración correspondiente y regresaba a su casa.

Pero aquel habitáculo, aunque seguro, resultaba muy incómodo, sobre todo en tiempo de lluvias y frío como el que estábamos atravesando. Echábamos de menos la casa y la lumbre del hogar. Movidos por el afán de una elemental comodidad, un día, después de comer, con los hijos de aquella mujer, nos animamos y fuimos a la casa para calentarnos y secarnos.

Cuando nos vio junto a la lumbre, ella se puso muy seria y nos advirtió:

-Os tengo dicho que de día no salgáis; calentaos, secaos y volved enseguida a vuestro sitio.

Y tenía toda la razón. Mientras nosotros estábamos alrededor de la lumbre, se abrió la puerta, entró un viejecito procedente de Collsuspina y nos dijo muy seriamente:

-¡Todos al monte, que vienen los carabineros!

Aquel hombre nos salvó la vida. Desde su casa había observado que dos carabineros montados a caballo subían por un camino forestal hacia los alrededores de la casa. Estaba enterado de que aquella mujer tenía desertores y se fue a toda prisa a avisarla. En efecto, llegó antes que los carabineros y nosotros tuvimos tiempo de escaparnos y de subir a la montaña. Cuando llegaron los carabineros sólo encontraron a la mujer, la cual, con extraordinaria serenidad y sangre fría, les dio las explicaciones pertinentes y los dejó tranquilos y satisfechos. Estoy seguro que no sospecharon ni de lejos que estaba atendiendo a 14 emboscados.

CON LOS NACIONALES

Los nacionales continuaban incesantemente su ofensiva sobre Cataluña. El ejército rojo estaba desmoralizado y deshecho. Nosotros, desde la cumbre del monte, oíamos los cañonazos del frente a unos 15 ó 20 kilómetros.

En estas condiciones empezamos a cuestionarnos la conveniencia de volver a las cuevas. Algunos creían que lo mejor sería pasarse a los nacionales y acabar de una vez; otros opinaban que una vez los guardias se hubiesen alejado, la vida en las cuevas no entrañaba ningún peligro. Discutíamos, pero no nos poníamos de acuerdo. Llegamos a un punto muerto. Al final prevaleció la opinión del que dijo:

-Que cada uno haga lo que le parezca mejor.

Y de los 14, la mitad decidió volver a las cuevas y la otra mitad se animó a cruzar la línea del frente. Mi hermano y yo pertenecíamos a este grupo. Nos pusimos en marcha acompañados por aquel anciano, que contaba 70 años. La verdad es que nos hizo un gran servicio. Él iba delante abriendo camino. Cuando descubríamos una masía, él se acercaba, exploraba el terreno y, si no había ningún peligro, entrábamos todos. Al llegar a la última, nos dijo:

-El frente está aquí mismo.

Y nos indicó el camino para ir al otro lado sin peligro.

Nosotros observamos que las ametralladoras estaban emplazadas en las dos vertientes de un barranco profundo. Nos dijimos:

-Entraremos de lado por el fondo, subiremos por la otra ladera y ya habremos llegado a los nacionales.

Y empezamos la operación. Al llegar al fondo, dos o tres empezaron a dudar y a ponerse pesimistas. Decían:

-¿Y si no acertamos? ¿Y si cuando subimos del barranco nos encontramos con los rojos otra vez?

Realmente era una auténtica aventura. Podía suceder lo peor. Pero mi hermano y yo nos animamos y les dijimos:

-Nosotros subimos. Si no bajamos, mala señal.

Y con la ilusión de encontrarnos muy pronto con los nacionales, emprendimos nuestra particular aventura. Llegamos arriba y no había nadie. En realidad aún estaban bastante lejos. Desde aquel punto se divisaba una cresta y objetos rojos que se movían: eran requetés o moros. Nosotros con un pañuelo blanco atado a una rama hicimos señales para que no disparasen y avanzamos hacia ellos sin peligro y sin problemas. Al llegar, nos recibió un comandante y le explicamos nuestra situación y la de los otros compañeros que se habían quedado por el camino. Ordenó que uno esperase allí y que el otro fuese por ellos. Mi hermano con unos soldados se fue; yo permanecí en el lugar.

Aquel comandante fue muy amable con nosotros, incluso nos invitó a una copita de coñac. Así terminó un capítulo importante de mi vida: prácticamente siempre en las checas, en la prisión o en otros sitios similares.

-Y una vez en la zona nacional, ¿qué le sucedió?

-En aquellas alturas de la guerra ya no se distinguían los que se habían pasado voluntariamente y los prisioneros. En la retirada, una buena parte del ejército rojo iba arrastrándose precisamente para caer en manos de los nacionales. No tenía interés en pasar a Francia. Me llegó la noticia que por aquellos días habían cogido a más de 60.000 prisioneros, que luego eran conducidos a campos de concentración. Por las carreteras desfilaban grandes hileras de hombres camino de un lugar de concentración. A nosotros nos llevaron a Moia y después a Manresa. Allí, si uno encontraba a alguien que le avalase, le dejaban en libertad. Nosotros tuvimos esta suerte: un oficial nos reconoció, firmó un aval y nos abrieron la puerta.

-¿Cuántos días estuvo con los nacionales?

-Creo que unas treinta y seis horas.

Teníamos tantas ganas de volver a casa, que seguimos la vía rápida. El encuentro con nuestros padres, después de tantas peripecias, fue sumamente emotivo, inolvidable.

Al cabo de poco tiempo fuimos a visitar a aquella mujer que nos salvó la vida. Sentíamos la necesidad de expresarle cuanto antes nuestro agradecimiento. Compramos una cruz de plata muy bonita y se la llevamos de parte de mis padres, pues ellos, por su avanzada edad, no podían ir personalmente.

-¿Cómo reaccionó?

-Con mucha tranquilidad, como si no hubiese pasado nada. La gente del campo no se inmuta fácilmente. Al acercarnos a la masía vimos a los dos hijos labrando el campo, ellos también nos reconocieron, pero no se pararon. Cuando estuvimos más cerca, les grité:

-¿No nos conocéis?

-Claro que os conocemos -contestaron sin ningún entusiasmo y sin dar la menor importancia al encuentro.

Después nos dirigimos a la casa y saludamos a su madre. Estuvo muy contenta y nos invitó a comer. Pasamos el día juntos contando anécdotas y recordando aventuras vividas por aquellas tierras.

-¿Y la madre qué decía?

-Se la veía contenta y satisfecha y dialogaba con nosotros con la mayor naturalidad y sin azorarse absolutamente nada. Durante muchos años continuamos relacionándonos por carta, hasta que se marcharon de aquella casa.

-¿Qué hicieron ustedes hasta el final del conflicto?

-Nos hicimos voluntarios del ejército nacional. No era fácil ser admi-

tidos como tales, porque las oficinas militares atendían a los reclutas ordinarios, y, si uno se presentaba como voluntario al Tercio de Montserrat, por ejemplo (muchos querían ir), le decían: No; usted tiene que pasar por el camino normal. La quinta de mi hermano ya había sido llamada; en cambio, la mía no; por esta razón yo podía entrar como voluntario y él no. ¿Qué decisión tomamos?

SOLDADO DEL TERCIO DE SAN MIGUEL

En aquellos días encontramos por la calle un oficial del Tercio de San Miguel y le preguntamos si nos admitirían en él. Nos respondió:

-Actualmente mi tercio está en la provincia de Toledo preparando la ofensiva del sur y sudeste. Podéis ir allí por vuestra cuenta y decir que yo os envío. Seguro que os aceptarán.

Como todavía no había caído Madrid, dimos la vuelta por Zaragoza, Burgos, Salamanca, Extremadura. En Toledo encontramos la quinta división de Navarra y el Tercio de San Miguel. Nos presentamos a los oficiales con estas apalabras:

-Somos once voluntarios para ingresar en el tercio.

-¿De dónde venís? -nos preguntó el comandante.

-De Barcelona.

-¡Venís de lejos! Escoged la compañía que más os guste, tomad un mosquetón y adelante.

-Allí está la mía -terció un capitán-. Presentaos al soldado de los "papeles" y que os apunte.

Así funcionaba la parte administrativa del ejército después de dos años y medio de guerra. Todo era muy simple. De esta manera nos incorporamos como voluntarios al ejército nacional.

Llegamos a un pueblecito de la Mancha y tuve la impresión de que la mayoría de los soldados se emborracharon. Habían encontrado una de aquellas cubas de la región con ocho millones de litros de vino y lo aprovecharon. Sólo hace falta imaginarse a aquellos navarros, que no habían visto el vino desde la ofensiva de Cataluña... Además, tres soldados cayeron en una cuba y, lógicamente, se ahogaron.

-¿Qué hicieron en el Tercio de San Miguel?

-Nada o poca cosa, porque el ejército rojo estaba completamente desmoralizado y vencido. No hacíamos más que ocupar poblaciones sin disparar las armas. Prácticamente íbamos de paseo. El problema era que todavía casi faltaba la tercera parte de la península por ocupar y nosotros íbamos avanzando sin encontrar ninguna resistencia. Sucedió lo mismo que he dicho antes en Manresa: el ejército, en general, se retrasaba para que lo hiciéramos prisionero.

Un día me mandaron custodiar a 7.000 prisioneros en la plaza de toros de un pueblo de Albacete. Estaba solo y no tenía miedo. Cuando la moral está por los suelos, no hay ilusión para nada. Se sentían totalmente vencidos. Desde la victoria del Ebro, todo fue ocupar, ocupar, ocupar... Tuvo lugar alguna pequeña batalla; pero nada, apenas se resistían.

-Cuando cayó Madrid, ¿dónde se encontraba usted?

-Me encontraba en Toledo. Madrid estaba rodeada por todas partes y ya no contaba para los nacionales. Se rindió porque no tenía ninguna salida.

En circunstancias normales se habría desmontado el ejército y al cabo de poco la mayoría de los soldados se habrían incorporado a su vida ordinaria. Pero no fue así. El medio millón de hombres que estaban en pie de guerra juntamente con todo el material, continuó como si estuviesen a punto de comenzar otro conflicto. El nuestro se acabó oficialmente el primero de abril de 1939, y la ocupación, en mayo. Pero se veía claramente que pronto estallaría otro. Efectivamente, en setiembre de aquel mismo año empezó la guerra mundial. Aquel verano y casi hasta Navidad seguimos con todas las unidades montadas a punto de entrar en fuego. Sin embargo, en diciembre, cuando se vio que España permanecería neutral, empezaron a dar permisos. El que alegaba que tenía asignaturas pendientes de exámenes se lo concedían. Yo me acogí a esta cláusula y me permitieron ir a casa a estudiar.

DESPUÉS DE LA GUERRA

-¿Y después de la guerra?

-Después de nuestra guerra no nos licenciaron inmediatamente por causa de la guerra mundial. Primero nos concedieron un permiso de pocos días, luego otro y finalmente, el indefinido para estudiar. Antes del conflicto había cursado el primero de ingreso a ingeniería y me quedaba el segundo.

Vivía en Barcelona en casa de mis padres e iba a la Academia Humet. Eramos unos 7 u 8 estudiantes que nos preparábamos para el mismo examen. Uno de ellos era Rafael Termes, el que ahora es Presidente de la Asociación Española de la Banca (AEB). Estaba en las mismas condiciones que yo: los dos habíamos aprobado el primer curso antes de estallar la revolución. Nos hicimos amigos, aunque no demasiado. En abril se convocó un examen extraordinario, lo aprobamos e ingresamos en la escuela.

Un domingo del mes de mayo de 1940 me dijo:

-Me gustaría hablar contigo de un asunto muy interesante.

Salimos y me explicó el modo de santificar el trabajo según el espíritu del Opus Dei. A mí me pareció bien y me lo tomé como una teoría gene-

ral. Me dije: Esto significa que has enfocado bien tu existencia, que debes continuar así, que has de trabajar responsablemente y que esto te servirá para la otra vida.

Aquel compañero me comunicó, además, que habían llegado de Madrid dos jóvenes que llevaban años en esta idea y que nos explicarían el plan con más detalle. Aquellos jóvenes se alojaban en el hotel Urbis de Barcelona, en el Paseo de Gracia bajando a la derecha entre Diputación y Gran Vía: eran Alvaro del Portillo y José Luis Múzquiz, que unos años más tarde serían ordenados sacerdotes.

-¿Rafael Termes ya pertenecía al Opus Dei?

-Sí; justamente pocos días después de haber pedido la admisión, es cuando me invitó a tener una charla con él.

-¿Recuerda la fecha?

-La fecha exacta no, pero sí el día que me llevó al hotel: era el 30 de junio de 1940. Subimos al primer piso donde tenían su habitación los dos llegados de Madrid. Después de la correspondiente presentación, me hablaron de Camino, que tenían en las manos, y de su autor, al cual le llamaban Padre. Enseguida me di cuenta que para ellos era una persona muy importante. Luego Rafael me explicó más cosas. Sus palabras me abrieron unos horizontes nunca soñados.

-¿Y este mismo día ya vio al Padre?

-A Monseñor Escrivá no, sino al que ahora es el Padre, Monseñor Alvaro del Portillo, que entonces era laico y cursaba el último de ingeniero de caminos, canales y puertos. José Luis Múzquiz, en cambio, ya había terminado la misma carrera, era capitán y, como especialista en puentes de carretera y de ferrocarril, le habían encargado el proyecto de rehacer los puentes que habían volado los rojos en su retirada de la zona de Ripoll. Por este motivo venía cada quince días de Madrid, y era el único contacto que teníamos con miembros de la Obra. Más tarde, José M^a Casciaro se trasladó a la ciudad condal para vivir con unos tíos suyos. También hubo otro, que no siguió. Estos fueron los primeros de Barcelona.

Un día vino el Padre y Rafael Termes me acompañó a verle. Esto sucedió meses antes de empezar la labor en El Palau, un piso de la calle Balmes, donde no había nada, ni muebles. Estuve unos 20 minutos con él. Únicamente me habló de oración y mortificación. No recuerdo que hiciera ninguna referencia a la Obra, pero me dijo que había gente que dedicaba toda la vida a Dios sin moverse de su sitio. A mí me pareció muy bien, pero no se me ocurrió que aquello pudiese ser para mí.

-¿Cuándo pidió la admisión en la Obra?

-Al cabo de un mes, mi amigo Rafael me aclaró que aquella idea era muy importante y que podría ser para mí. Se marchó a Sitges con su familia y me dejó solo. Lo pensé unas horas. Sabía que el Padre residía en Madrid, en la calle Jener, 6, y le escribí una larga carta de 12 folios contándo-

le toda mi vida. Afortunadamente, en un lugar u otro, le manifestaba mi deseo de pertenecer a la Obra. Total, que el seis de setiembre recibí una carta del día tres escrita por Alvaro del Portillo. En la parte inferior había un espacio en blanco en el que el Padre había escrito: "A Rafa, un sí muy grande".

De manera que fui admitido el día tres de setiembre de 1940. A partir de aquel momento, llevo casi 50 años de felicidad en el Opus Dei y tengo la clara convicción de que es el camino que Dios tenía reservado para mí.

LOS APUROS DE UN VICARIO JOVEN

*Eduardo
Castellori
Sala*

Nacido en Igualada
(Aragón), provincia
de Barcelona y
diócesis de Vic, el
día 8 de noviembre
de 1912.
Sacerdote jubilado.
Fecha de la
entrevista: 28 de
octubre de 1983.